



# Corazón de nube

*Cathy Cassidy*

The  
chocolate  
box girls

Más de  
**2.000.000**  
de ejemplares  
vendidos

DESTINO



# Corazón de nube.

*Cathy Cassidy*

Traducción de  
Julia Alquézar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.  
© del texto, Cathy Cassidy, 2011  
Título original: *The Chocolate Box Girls. Marshmallow Skye*  
© de la traductora: Julia Alquézar, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2016  
ISBN: 978-84-08-15947-6  
Depósito legal: B.14.140-2016  
Fotocomposición: Aura Digit  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1



**N**o creo en fantasmas.

Ahora bien, sí creo en suelos con tablones que crujen, en ráfagas de frío repentinas y en los espeluznantes aullidos del viento que silba entre las hojas, porque cuando vives en una casa grande y vieja como Tanglewood, ese tipo de cosas forma parte de tu vida diaria.

Siempre he vivido en Tanglewood. Mamá y papá vinieron aquí cuando mi hermana mayor, Honey, era un bebé. Mi abuelo murió muy joven, y la abuela Kate volvió a casarse con un francés llamado Jules. Querían mudarse a Francia, pero como la abuela no quería vender la casa, nos la regaló. Tanglewood es una enorme casa victoriana, a un tiro de piedra de la playa; para mí, es un pedacito de cielo.

Hay quien opina que es un poco siniestra, y creo que entiendo el motivo. Si piensas en una casa embrujada, es posible que te la imagines muy parecida a Tanglewood.

La hiedra trepa por las paredes de ladrillo rojo, y las ventanas son altas, arqueadas y con rejas de metal; no sería de extrañar que tras sus cristales descubrieras un rostro que te mira, una sombra pálida de ojos tristes que pertenece al pasado. Es el tipo de casa en el que suceden historias que te envuelven de misterio e intriga cuando el reloj da la medianoche; un lugar en cuyas habitaciones podrías encontrarte con espíritus vestidos con sus mortajas, capaces de atravesarte como si tú no estuvieras allí.

Deseaba que me ocurriera algo similar. Quería adentrarme en el pasado, verlo por mí misma. He crecido oyendo historias de fantasmas y me he pasado los veranos con mis hermanas buscando visiones espectrales y apariciones de fantasmas..., pero nunca he visto ninguna de las dos cosas.

Los únicos fantasmas en los que creo ahora son los que salen en Halloween, bajitos, con la cara pegajosa, y que, cubiertos con una sábana blanca, se aferran a una bolsa de caramelos y chucherías.

—¡Skye! ¡Summer! —grita mi hermana Coco asomando la cabeza por la ventana—. ¿Os queda mucho? Cherry está abajo esperando, y yo también estoy lista desde hace rato. ¡Si no nos damos prisa, nos perderemos la fiesta! ¡Vamos!

—Cálmate —responde Summer, mientras se echa laca en su melena perfecta—. Tenemos tiempo de sobra, Coco. ¡No empieza hasta las siete!

—Skye, ¡díselo tú! —implora mi hermana pequeña—. ¡Haz que se dé prisa!

El problema es que resulta difícil tomarse en serio a Coco

tal y como va disfrazada, con la cara pintada de verde, un par de dientes ennegrecidos y el pelo engominado de punta. Ha rematado su atuendo con una chaqueta de cuadros del novio de mamá, Paddy, y si no me equivoco, se supone que es el monstruo de Frankenstein.

—¡Diez minutos! —le prometo—. ¡Enseguida bajamos!

Coco pone cara de angustia y baja a toda velocidad la escalera.

Summer se ríe.

—¡Pero mira que puede llegar a ser impaciente!

—Es pura emoción —digo a mi gemela—. Nosotras éramos así, ¿te acuerdas?

—Aún lo somos, Skye —replica Summer, mientras se alisa el vestido blanco hecho jirones—. No se lo digas a Coco, pero me encanta Halloween, ¿a ti no? Es genial... ¡como volver a ser niñas!

Sonrío.

—¿Verdad que sí?

Summer me entiende, por supuesto... Me entiende mejor que cualquier otra persona del mundo. Muchas veces sabe cómo me siento, porque suele sentir lo mismo. Y, bueno, a las dos nos encanta disfrazarnos.

Me acerco al espejo y cojo un cepillo. Aunque arreglarme el pelo y maquillarme no se me da tan bien como a mi hermana, me gusta el momento mágico en que levantas la mirada y ves, durante una milésima de segundo, a una persona totalmente diferente en el espejo.

La chica del reflejo es pálida y espectral, casi parece una

sombra. Las ojeras pintadas bajo sus grandes ojos azules son tan oscuras como la tinta, propias de quien no ha pegado ojo en una semana; tiene el pelo enmarañado y salvaje, con hojas de hiedra entrelazadas y lazos de terciopelo negros.

Parece una figura de otra época, con una historia propia, un secreto. Es el tipo de chica que podría hacerte creer en fantasmas.

—Genial —digo con una sonrisa que la chica fantasma me devuelve.

—Estás guapísima —añade Summer cuando me doy la vuelta—. Igual conoces a algún vampiro mono en la fiesta.

—Los vampiros no me van, son unos chupópteros —replico.

Summer se ríe, pero la verdad es que aún estamos en la fase de soñar con chicos de libros, de películas y de grupos de música.

Ninguna de las dos tiene novio. Me parece bien, y creo que a Summer también.

Además, cualquiera que se fijara en los chicos de la escuela secundaria Exmoor Park lo entendería. Son infantiles y molestos: no se me ocurre ninguno que pudiera interesarme, como Alfie Anderson, sin ir más lejos, el payaso de la clase, que sigue pensando que lanzar patatas a otros en el comedor y poner bombas fétidas en el pasillo es divertido.

Todo muy elegante.

Summer está sentada en el borde de la cama, poniéndose polvos de brillantina plateados en las mejillas y pintándose los labios a juego.

Nuestros vestidos son iguales: faldas de capas de tul deshilachado, raso y sábanas hechas jirones, cosidas apresuradamente a unas camisetas blancas viejas.

Summer está guapa sin tener que esforzarse, incluso con este atuendo; en cambio, cuando yo me miro al espejo, me doy cuenta de que me estaba engañando. El mismo disfraz, en mí, parece un poco loco y desarreglado. No soy una doncella fantasma, sino una cría que juega a disfrazarse, y que no lo hace tan bien como su hermana.

Supongo que esa es la historia de mi vida.

Summer y yo somos gemelas idénticas. De hecho, mamá tiene una ecografía de cuando estaba embarazada, y las dos aparecemos acurrucadas juntas dentro de ella, como gatitos. Parece incluso que nos estemos sujetando las manos. La imagen está borrosa y gris, como la pantalla de una televisión cuando la señal es débil, y la calidad es un poco cutre, pero, aun así, sigue siendo una imagen increíble.

Summer llegó antes que yo al mundo (cuatro minutos concretamente), deslumbrante, osada, decidida a destacar. Yo nací después, con la cara rosa y llorando.

Nos lavaron, nos secaron y nos envolvieron en mantas a juego. Nos pusieron en brazos de mamá, y ¿qué fue lo primero que hicimos? Exacto. Nos cogimos de la mano.

En realidad, siempre ha sido así. Somos dos caras de la misma moneda, chicas espejo, y cada una es el perfecto reflejo de la otra.

Desde pequeñas, podíamos averiguar qué pensaba la otra. Nos acabábamos mutuamente las frases, íbamos a to-

das partes juntas, compartíamos esperanzas y sueños, así como juguetes, comida, ropa y amigos. En realidad, éramos la mejor amiga la una de la otra. No, era algo más que eso: éramos la otra.

«Qué guapas son. ¿Has visto algo más bonito en tu vida?», decía la gente.

Summer me apretaba la mano, ladeaba la cabeza, y yo hacía lo mismo. Nos reíamos y nos escabullíamos de los adultos, de vuelta a nuestro pequeño mundo propio.

Durante la mayor parte del tiempo, simplemente no sabía dónde acababa Summer y empezaba yo. La miraba para saber qué sentía yo, y si ella sonreía, yo hacía lo mismo. Si ella lloraba, yo enjugaba sus lágrimas, la rodeaba con mis brazos y esperaba a que se disipara el dolor.

Puede que suene cursi, pero si ella sufría, yo también.

Pensaba que sería así para siempre; sin embargo, las cosas empezaron a cambiar.

Por aquella época, ambas íbamos a clase de *ballet*. De hecho, estábamos como locas por el *ballet*. Teníamos bolsas rosas para las cosas de *ballet*, con pequeñas zapatillas de baile rosas, gomas rosas para el pelo, libros solo de historias relacionadas con el baile, y una caja en casa llena a rebosar de tutús, alas de hada y varitas. Ahora que lo pienso, creo que siempre me gustó el vestuario más que el baile en sí, pero tardé en darme cuenta de que toda mi locura por el *ballet* era solo un reflejo de la de Summer. Veía su pasión por la danza y creía sentirla yo también... cuando, en realidad, yo era un espejo en el que mi hermana se reflejaba.

Empecé a hartarme de pruebas de *ballet* en las que Summer conseguía menciones de honor, mientras yo apenas lograba dar el paso correcto; de los espectáculos en los que Summer tenía el papel principal, mientras a mí me escondían en la parte de atrás del coro. Ella tenía talento para la danza, yo no... y poco a poco eso hacía mella en mi confianza. Después de uno de esos espectáculos que culminaban con una lluvia de alabanzas para Summer, hice acopio del valor necesario para admitir que no quería seguir yendo a *ballet*. Fue el mismo año que papá se marchó de casa, y todo estaba cambiando, así que una cosa más no me pareció importante. Summer, sin embargo, no lo entendió igual.

—¡No puedes dejarlo, Skye! —exclamó disgustada—. Lo que te pasa es que estás triste porque papá se ha ido. ¡Te encanta el *ballet*!

—No —le respondí—, papá no tiene nada que ver con esto. Es a ti, Summer, a quien le encanta el *ballet*. No a mí.

Summer me miró enfurruñada y confusa, como si no entendiera los simples conceptos de «tú» y «yo». Aunque, a decir verdad, yo había empezado a hacerlo. Hasta entonces solo había existido el «nosotras».

Últimamente, me he preguntado si todo empezó con la danza. A veces, basta con cambiar una cosa para que toda una estructura se desmorone y se haga añicos, como los cristallitos de un caleidoscopio.

Me temo que puse la relación entre mi hermana y yo patas arriba y, tres años después, el polvo que levantó no ha acabado de asentarse.

Me vuelvo de nuevo hacia el espejo, y, por un momento, creo ver otra vez a la chica fantasma, con su pelo salvaje, sus ojos embrujados y los labios separados, a punto de decir algo.

Pero ha desaparecido.